

PERÚ

FRANCISCO GARCIA CALDERON

La labor de este escritor peruano es, más que una labor de literato, la de un patriota, y á veces la de un aficionado, la de un observador...

Perfectamente armado de erudición y admirablemente escudado en su imparcialidad, resulta un discreto crítico de la obra ajena y un profundo analizador de los pensamientos con que se abanderan las multitudes modernas.

Tengo entendido que su labor periodística ha sido extensa en el Perú, en Chile y en otras repúblicas; sé que se le aprecia mucho en los círculos intelectuales de España y América; supongo por todo ello que su figuración política ha de ser de importancia, creo que como divulgador del pensamiento europeo en América ocupará pronto un sitio prominente... en fin, estoy convencido de que García Calderón es un cerebro vigoroso, abierto á todas las corrientes exteriores, con potencias creadoras de primer orden, de una sutileza maravillosa y de una cultura amplia y varia.

«De Litteris», su primer libro, lleva un prólogo del más grande talento sudamericano, José Enrique Rodó, y fué publicado en la ciudad de Lima el año 1904. Es un volumen de críticas estimado en todas partes por lo personal de sus ideas y la honradez de sus opiniones, cosa estupenda en nuestras tierras, donde sólo existe la apología y la diatriba para las almas ajenas. «Hombres é ideas de nuestro tiempo» lleva un prólogo de monsieur Emile Boutroux, miembro del Instituto de Francia y profesor de Historia de la Filosofía moderna en la Sorbona, y fué publicado en España por la casa editorial de F. Sempere y C.^a, el año 1907. El sumario de

este libro dirá más elocuentemente que yo de su naturaleza:

Gabriel Tarde.—Tarde y el porvenir latino.—El soliloquio platónico de Renouvier.—El centenario de Sainte Beuve.—Renán juzgado por Brunetiere.—Guillermo II, monarca representativo.—Menéndez Pidal y la cultura española.—Los estudios personales de Dorado Montero.—El fenómeno religioso en los Estados Unidos.—Los ideales de la vida según Williams James.—«El Santo», de Fogazzaro, y la reforma del catolicismo.—La crisis moderna de la moral.—Ariel y Calibán.—La nueva generación intelectual del Perú y Por rutas ignoradas.

«Profesores de idealismo» acaba de aparecer, editado en París por la casa de Paul Ollendorf. Puede decirse que es el segundo tomo del libro anteriormente citado, aunque en éste se acentúe más la crítica de las obras y de algunas ideas de palpitante actualidad. Como analiza sin pasión, con la serenidad del que vive aislado de todo movimiento á pesar de seguirlos con interés, resultan sus digresiones altamente simpáticas, perdiendo, por consecuencia, en profundidad y solidez. Esto mismo puede anotarse sobre el libro arriba citado, especialmente en un discurso sobre *Menéndez Pidal y la cultura española*, trabajo superficial que no debería haber sido sustraído á la muerte fatal á que están condenadas las obras de esta naturaleza; *La crisis moderna de la moral* tratada con inseguridad, y *La nueva generación intelectual del Perú*, que se prestaba para hacer nos conocer la evolución, las influencias, etc., etc., de toda la juventud de su país y que sólo consigue darnos una imperfecta imagen de un núcleo nada numeroso. En «Profesores de idealismo» merecen cita especial por varias razones *A propósito de nietzschiismo.—La Grecia de Gómez Carrillo.—El porvenir del socialismo* y otros.

En francés ha publicado dos obras, *Le Perou contemporain*, con un prólogo de Gabriel Seailles, miembro de la Sorbona, y *Les courants philosophiques dans l'Amérique Latine*.

Prepara un libro sobre nuestra América, que espero con interés; sé que García Calderón está empeñado en hacer obra de crítica seria y honda, y eso lo conseguirá con poco esfuerzo, pues es quizás de los pocos americanos que se han preocupado de los problemas que están por resolverse aún en nuestras tierras.

Le conocí en la casa de un amigo nuestro, cuando desempeñaba un importante cargo en la Legación de su país.

JOSE M. HUERTA

En el café D'Arcourt, donde nos reunimos todos los que hablamos el idioma de Cervantes, me presentaron una noche á un descendiente de los incas peruanos, un verdadero quichúa que había venido á París á amasar pastelina y modelar el barro como para gritar á la invasora Europa, que todavía vivía un hijo de aquella admirable raza para vengar la destrucción de los suyos con el arma formidable del Arte. Apenas ha visto los primeros albores de su triunfo, prepara la venganza proyectando dos obras que harán resucitar dos leyendas dignas del pueblo que adoraba al sol.

Cuando él me hablaba de sus dos proyectos, los ojillos vivaces brillaban con intensa alegría, como si ya estuviera sorprendiendo los gestos que no podría reprimir la Europa ante la revelación que él haría en sus obras de la brillante civilización de los incas.

Para presentar este año al Salón de «Artistas franceses», tiene *La leyenda de Maicha Puito*, un hermoso bajo relieve que ha merecido el aplauso de sus profesores y que augura un triunfo á este hijo del sol que viene á París, la cuna de la civilización moderna, á hacer conocer la antigua cuna de la civilización americana.

El año pasado fué admitida en el Salón, una medalla con el retrato del Presidente del Perú; actualmente está vaciada en oro.

Un retrato de familia, que he visto en pastelina, ha sido muy aplaudido, no solamente por la exactitud del parecido, sino también por su trabajo artístico, espontáneo, con fuerza de verdad y mucha vida.

Vaciados en bronce me mostró preciosos asuntos decorativos en bajo relieve; una fuga de amorcillos como para bordar en el lecho nupcial de un poeta, fué la que más me llamó la atención por la perfección de formas, la diversidad armónica de los movimientos y un dejo de malicia infantil que había grabado en todas las caritas moñetudas.

Actualmente trabaja en *La leyenda de Maicha Puito*

y una medalla dedicada á Alfonso Ugarte, el héroe del Morro de Arica, episodio de la guerra del Pacífico que sostuvo Chile contra Perú y Bolivia. De la primera tiene la figura principal en vías de término y esbozadas las secundarias.

Me habló con entusiasmo de las hermosas leyendas indígenas, me maravilló con ciertos detalles ignorados de la civilización incásica, y me admiró su fe en el triunfo y su amor á la raza de sus antepasados, á la que quería hacer conocer reivindicada.

José M. Huerta me trae á la memoria un recuerdo de cierto joven pintor norteamericano, mejor dicho, «piel roja», que tenía los mismos propósitos de este descendiente de Manco Capac y del cual he sabido hace poco que sus éxitos son continuados y legítimos.

La destrucción del Imperio de los Incas, uno de los proyectos que con *El sacrificio de las tres vírgenes* son los dos de que me hablara con tanto entusiasmo, según lo que ha dejado entrever, será un duro reproche á los conquistadores españoles de aquel admirable imperio, y el otro, una poética leyenda que no desdenarían de admitir los griegos que crearon las Driades y las Sirenas.

En un prólogo (que á pesar de ser anónimo se sabe quién lo escribió) de un libro de Rubén Darío, se justificaba el amor que los poetas tenían por el pasado de Europa y refiriéndose á los americanos insinuaba apenas que en los asuntos indígenas también se encuentran los ojos al Perú y Méjico, si hubiera detenido su pensamiento en el imperio de los Incas peruanos y los Aztecas del eslabón de tierra, que une á las dos Américas, hubiera comprendido la inagotable fuente de poesía que hay también en el olvidado y poco conocido pasado indígena. Hay que aplaudir, pues, sin menguamientos á artistas como Huerta, que saben hurgar en la noche de lo que fué para buscar la belleza.

Muchos son ya los que han comprendido esto entre los jóvenes de la América hispana y empiezan á interpretar desde el alma bárbara de los caribes, hasta la dulce y melancólica de los guaraníes que poblaron las hermosas riberas del Paraná y Paraguay.

Cuando José M. Huerta consiga que Europa le corone como artista, las tumbas de los emperadores incas se abrirán para hablarle y el alma de Moctezuma besará el cobre de su frente para que sea infinita su inspiración.

FELIPE SASSONE

«Torero por capricho y periodista por vocación en Lima; bohemio rico y desocupado en París; tenor en Italia, y en Madrid novelista, es Felipe Sassone «un caso» marcadísimo de ese espíritu americano, aventurero y errático de que antes hablé.» Esto dice del escritor peruano que me ocupa el simpático autor de *Punto Negro*, en un prólogo lleno de amabilidades é indulgencias que se lee en «Almas de fuego», un volumen de cuentos editado en Madrid.

La segunda parte de la semblanza que hace en esas líneas Zamacois, es la que, como en muchos—¡demasiados!—jóvenes intelectuales de América que tienen la terrible desgracia de poder venir á París en la época crítica del desarrollo y solidez cerebrales, ha grabado á fuego su influencia maligna, llena de superficialidad, imitación y falsedad, sobre el alma cándida y vibrante de uno que, según propia confesión, tiene sed de llegar.

Cuando publicó su primera novela, «Malos amores», muchos fueron los que indicaron á Sassone los defectos de su obra; le dijeron que usaba galicismos con demasiada frecuencia, italianismos, americanismos...; le dijeron que repetía palabras, que no manejaba bien la sintaxis, que algunos personajes no estaban bien dibujados, que el asunto era trivial... en fin, cosas así, detalles meticulosos que llegan siempre á corregirse con la experiencia de escribir, pero nadie le habló del alma falsa que se empeñaba á poner en todos los libros, del alma que quiere aparecer mundana, alma sensualista á la moderna, con mucho de *Monsieur de Phocas* y un poco de las *Escenas de la vida bohemia*, un alma parisiense á la manera de ver de los que sólo la conocen á través de los libros de Paul de Kock, por ejemplo.

Hay demasiada juventud, demasiada inocencia primitiva entre las líneas que escribe Sassone, que seguramente le habrán creado un número considerable de admiradores entre la gente sencilla de su país, precisa-

mente por el atrevimiento de sus descripciones y la complicada ó absurda psicología de los personajes en que pretende retratarse para hacer alarde de un parisianismo que jamás llega á fundirse en un alma que ha nacido teniendo de testigos á los Andes, á la pampa ó al océano, para que sean *vividas* las escenas más ó menos libres que pinta.

«Malos Amores», «Almas de fuego» y «Vértice de amor», las tres obras que he hojeado, padecen el mismo mal indicado más arriba: las tres son hijas de un sensualismo puramente cerebral que, en el caso de Sassone, es, además, simulado.

Yo creo que hay en este joven escritor peruano material para hacer un buen novelista, pero también que esto no será posible si no abandona ese *cliché* gastado ya y que él usa todavía ignorando la alta misión del que escribe para los demás.

Promete unas prosas íntimas: «De mi cariño»; otra novela: «Del amargo vivir», y un libro heterogéneo que se titulará «Iris».

Espero ver en sus obras futuras la verdadera interpretación de la vida á través de un alma joven, sana y entusiasta como estoy convencido que es la de Felipe Sassone.

PANAMÁ

CARRASQUILLA MALLARINO

Llueve; sin embargo, los parisenses no abandonan los bulevares donde como extraño festón se han alineado cientos de barracas ruidosas, iluminadas según todos los sistemas conocidos.

Los *camelots* de este año han hecho proezas cerebrales. Los inventos más inútiles é ingeniosos, los juguetes maliciosos, los escamoteos despampanantes... todo lo que es factible de hacer aglomerar á la gente, han sacado á la curiosidad pública en estos días que preceden á *Noël y al jour de l'an*.

Como nunca, se han visto las calles centrales. La muchedumbre formaba una lenta procesión interminable que se movía rítmicamente buscando un paso entre los cuerpos aglomerados. Las mamás sacaron á oxigenar á sus niños, pero, seguramente, no consiguieron más que enlodarlos y aburrirlos.

En las grandes tiendas el público elegante arremolinábase en torno de los regalos, de los juguetes costosos y superfluos, de los géneros brillantes, de la muñecas que hablan y cierran los ojos... Y en los barrios pobres, las mujeres flacas que consume el alcohol, los golpes del marido y la miseria, se paseaban con los misereros retoños en brazos, enseñándoles las vidrieras exuberantes de tentaciones infantiles.

¡Flores, zapatos de azúcar, pipas de caramelo, muñecas de papel *maché*, arlequines de cartón, caballos de madera, soldaditos de plomo!... ¡Cuántas evocaciones tiernas!

En mis andanzas bulevarderas encontré al poeta panameño Carrasquilla Mallarino, y como á él me uné una

amistad nacida en el Barrio Latino hace ocho días (como si dijéramos ocho años), juntos nos ponemos á *liriquizar* perdidos en la ola humana que invade las aceras.

Mi amigo Carrasquilla, que padece actualmente una enfermedad físico-sentimental con cien complicaciones incurables y extrañas, acaba de salir de las *Galerías Lafayette* y me lee un verso franco-español sobre las muñecas, las flores, los soldaditos, los arlequines y los caballos... ¡pero las muñecas!...

Carrasquilla tiene la virtud de ponerme triste con sus alegres sátiras que destilan amarguras íntimas y dolores inconfesados; parece que quisiera matar con carcajadas á algún monstruo interior que le devora el alma.

Hemos estado juntos en un café, después, de cara á la multitud que comentaba las dimensiones de mi cabellera y las vueltas verdes de mi capa andaluza, no sé hasta qué horas... hablando de América... ¡de nuestra querida América y de Cuba, de la perla más hermosa que nació de mares!

Y mientras el París boulevardero, curioso, superficial y buscavida, pasaba ante nosotros como un extravagante cinematógrafo, Carrasquilla Mallarino me recitaba sus últimos versos, que no sé por qué se me figuraban palomas blancas y puras con cabezas de víboras venenosas. Sus versos actuales tienen la agresividad de las fauces hambrientas y la nostalgia de las almas desvalidas; gritan y se quejan, amenazan y se rinden como aplastados por la fatalidad, tienen decaimientos de vencidos y alaridos de paladín seguro de sí.

A veces, mirándome en los ojos, me dice:

—No crea usted que soy un loco. Es que... es que... Luego, suspira con dolor y coraje á un tiempo, y termina la frase con un dulce soneto.

El me dice que me presentía. Yo le aseguro que lo conozco hace mucho tiempo. ¡En París debíamos encontrarnos!

Y no digo esto por decir algo, por hacer frase, no. En París debíamos encontrarnos porque él es mi norte, mi por qué, y porque para Carrasquilla Mallarino París es todo. Para probároslo, insertaré unos versos que él me recitó la primera noche de nuestro conocimiento, y que, no sé por qué, llamó proféticos:

Es una noche negra de mar y de recuerdo,
de locura secreta, de grave soledad,
(con el amor que muere parece que me pierdo...)
¡Mas, no! Torno á la Francia tan vigoroso y cuerdo
como quien ha nacido para la libertad.

Volvieron á quedarse la playa en que he nacido,
la montaña sonora donde aprendí á cantar,
la mujer enigmática á quien hube querido...
Me voy á donde crecen las flores del olvido
como quien necesita vivir para olvidar.

En mis alas hay una nostalgia incomprendida,
en mi espíritu hay una visión del porvenir,
¡Dejad ¡oh consejeros! que se cumpla mi vida!...
no vaya á fatigarse como el ave perdida
que sólo advierte el rumbo cuando se va á morir.

—Cada hombre tiene un sino, cada gema un oriente,
cada estrella una órbita, cada flor un matiz.
Minero: busca el oro; Zafir: copia el ambiente;
clavel: sangra y perfuma; luna: vaga doliente...
(Y tú, enfermo poeta, no salgas de París).

Y como yo no he salido, y como él ha venido á curarse, nos hemos encontrado.

Pocos hombres pueden contar á los veinticinco años una historia más larga, más poliedra... En su tierra de sol y de revoluciones, se vió desde muy niño frente á la rudeza de la vida; mientras sus manos se habituaban al manejo de la espada, su cerebro fué copiando los paisajes lujuriosos y su oído reteniendo los murmurios de las aguas y el gorjeo de los pájaros. Fué guerrero y fué poeta. Tal vez de aquí nazca nuestra fraternidad espontánea

Nacido en el istmo que separa á los dos mares más grandes del globo, lógico es que sintiera la nostalgia de los horizontes. Por eso le veremos en todas las grandes ciudades de América, desde Nueva York hasta Buenos Aires; por eso le encontraremos en París y en Moscou, en Madrid y en Calcuta, en Cairo y en Manila. Con su lira al brazo y con el brazo dispuesto á la labor, recorrió todos los continentes aprendiendo sus lenguas; sabe ser hombre de negocios en la ciudad de los *trusis* y sabe soñar á la orilla del Sena ó en los jardines del Luxemburgo. Eso es él.

El poeta, el poeta vagabundo, el hombre lírico, lo podéis hallar en «Visiones del Sendero», un libro digno de su padre, que merece los elogios que le ha tributado Rubén Darío en *La Nación*, y toda la prensa hispanoamericana.

Cuando nos encontramos, él estaba de paso. Su consulado en la Habana le llamó pronto, y cuando nos despedimos con un largo abrazo, me dijo escondiendo una lágrima:

—¡Hasta luego, hermano!
Yo le espero aquí.

SANTO DOMINGO

RICARDO PEREZ ALFONSECA

Estaba en casa de Ugarte departiendo sobre el eterno tema. La campanilla nos sobresalta con su chillón repiqueteo y un *chauffeur* asoma su gorra charolada extendiendo una tarjeta que Ugarte coge. «Ricardo Pérez Alfonseca.—Santo Domingo de Guzmán».

—Yo conozco este nombre... Santo Domingo, Santo Domingo... Algún ministro—terminó Ugarte para dar una explicación.

Yo imaginé en seguida un grave señor canoso, de patillas clásicas, todo vestido de negro, y confieso que estaba un poco emocionado. ¡Era la primera vez que me veía ante un ministro!

Poco después se dibujaba en el marco de la puerta una silueta infantil, pretenciosamente vestida de hombre. Un gran panamá ocultaba á medias un rostro moreno, sonriente, y bajo el ala caída se adivinaron dos grandes ojos negros y brillantes.

—¿El señor Ugarte?

—¡Adelante!

—Yo soy Pérez Alfonseca... su carta me llegó precisamente cuando estaba para embarcarme. ¿Recibió mi libro?

Yo esperaba todavía al grave señor de patillas clásicas...

* * *

Cuando salimos de lo de Ugarte ya éramos viejos amigos. Ricardo Pérez Alfonseca es, tal vez, el más joven poeta de nuestra América que haya publicado libros; tiene diez y ocho años, cursa Derecho en la Universi-

dad de París, publicó en su tierra «Mármoles y lirios» (tomo de sonetos), y actualmente la Academia de la Poesía de Madrid tiene en cajas otro libro que creo se titula «Sinfonías psíquicas», con un elogioso prólogo de Villaespesa. ¡Un chico adelantado!

Tulio M. Sestero nos dijo una vez que este muchacho es toda una gran esperanza para Santo Domingo, juicio que no me parece aventurado á pesar de la desconfianza que inspiran siempre los émulos del conde Juan Pico de la Mirándola, porque Pérez Alfonseca tiene verdadero talento, pero no rasgos de genialidad. Planta de los trópicos, da sus frutos desde temprano; es todo.

Yo no conozco de él más que su primer volumen: «Mármoles y lirios», folleto de ochenta páginas, dividido en tres partes: *Los inmortales*, *Intermezzo* y *Romería trágica*. La primera es una serie de sonetos dedicados á las personalidades de Ricardo Wagner, Gabriel D'Annunzio, Guillermo Valencia, Rubén Darío, Amado Nervo, José S. Chocano, Salvador Díaz Mirón y Leopoldo Lugones. Ya veis que se puede confiar en el futuro de este joven poeta; por esta lista de *inmortales* podéis juzgar; para suerte suya, no nos demuestra ser un genio. Sin embargo, tiene algunos acertados; el cuarto es uno de ellos:

Tu verso es como el agua de las paganas fuentes
que ocultas en antiguos jardines medioevales
contemplaron idilios y oyeron madrigales,
quebraduras de espadas y tropeles de gentes.

Todos esos misterios en tus versos ardientes
hay, porque cantan en tus interiores rosales
las aguas de esas fuentes paganas é inmortales
con todos sus secretos que tú rimas y sientes.

¡Oh, no es tuya esta edad de brutal movimiento;
tu estirpe está en la Italia de aquel Renacimiento
artístico ¡oh hermano de Leonardo y Rafael!

Tú eres en el arte el D'Annunzio del verso
y vives la gran vida de un ya muerto Universo:
¡con una dogaresa, un caballo y un lebre!

Volviendo las hojas del librito, encuentro un «Nocturno», que es como un aguafuerte ilustrativa:

El silencio delira
entre la fronda;
el río,
azul como «El Vacío»,
suspira.
Surge la onda
como una palpitación del pecho mío.

El monte
se disipa en su negror
como un fantasma. El ruiseñor
ha comenzado su romanza eólica.
Y sobre
el azul horizonte,
como una
mancha alegórica
de cobre,
aparece la luna
melancólica.

En mi opinión, es lo mejor de todo el libro, y creo que por esta senda el joven bardo dominicano llegará fácilmente á beber *las aguas de la Gloria*, de las cuales, él mismo nos lo confiesa, está sediento.